



DISCURSO PRONUNCIADO POR EL DOCTOR ENRIQUE  
FEDERICO QUERO GERVILLA CON MOTIVO DE LA  
INVESTIDURA DE DOÑA SVETLANA ALEXIÉVICH

Excmo. Sr. Vicerrector de Ordenación Académica,

Me gustaría comenzar teniendo unas palabras de cariño para nuestro querido rector, Pedro Mercado, al que le deseo una pronta recuperación. Me consta que le hubiera encantado presidir un acto tan especial como el de hoy, que juntos hemos preparado con tanto cariño.

Rectora Aranda,

Excmos. Sres. Vicerrectores/as,

Ilmos. Sres. Decanos/as y Directores/as,

Ilmas. Autoridades Académicas,

Excelentísimos e Ilustrísimos Sres/as. del Claustro de Doctores/as,

Claustro de Doctores/as y Profesores/as,

Autoridades.

Con este solemne acto académico la Universidad de Granada, al investir como doctora *honoris causa* a la escritora Svetlana Alexiévich, va a dar cumplimiento al acuerdo de su Claustro de 28 de mayo de 2024, a propuesta del Excmo. Rector de nuestra Universidad.

Siguiendo una antigua tradición académica y en representación de toda la Comunidad Universitaria, me cabe el gratísimo honor de pronunciar la *laudatio* de los méritos literarios y personales de Svetlana Alexiévich.

Mi discurso va a centrarse en la fuerza y originalidad de su obra como escritora y cronista del fin de la Unión Soviética, comprometida con los derechos humanos y con la paz, ya que de sus reflexiones emergen muchas de las claves que nos permiten comprender esta época tan convulsa en la que nos ha tocado vivir.



El ser humano no está diseñado para la muerte, sino para la vida. Y vivir implica algo mucho más profundo que simplemente existir<sup>1</sup>.  
(*La guerra no tiene rostro de mujer*)

Человек не должен умирать. Человек должен жить. И жизнь — это что-то большее, чем просто существовать. (*У войны не женское лицо*, 1985)

Estas palabras suponen toda una declaración de intenciones de cómo Svetlana Alexiévich entiende su misión y su compromiso con las víctimas de los acontecimientos históricos que narra. Svetlana Alexiévich es, sin ningún género de dudas, una de las grandes cronistas de la Era Contemporánea y sin su obra sería imposible comprender el devenir de la historia de finales del siglo XX y principios del XXI. Destacada exponente de lo que denominamos prosa documental artística, en sus trabajos recopila testimonios directos de los que, como ella misma, han sido protagonistas de acontecimientos del periodo soviético y postsoviético. Su forma de trabajar le ha permitido crear una literatura que no es simplemente un reflejo de la realidad, sino una inmersión profunda en las experiencias vitales que relata. Al adoptar el papel de cronista de la historia, sus libros son un «mosaico de testimonios». Así lo señala el profesor Ricardo San Vicente: «desde la dimensión periodística: si el reportaje es la formulación de un episodio, de un suceso, los libros de Svetlana Aleksievich son un mosaico de testimonios; la autora engarza las voces y miradas de un fenómeno humano hasta convertirlos en el relato de la realidad».

De esta forma, Svetlana Alexiévich nos permite conocer de primera mano el sentir de sus protagonistas, proporcionando un espacio para voces históricamente silenciadas, y todo ello mediante una técnica narrativa única en la que, en lugar de centrarse en un solo narrador o en un hilo narrativo lineal, reúne múltiples voces que representan diversas perspectivas en torno a un determinado tema. Así consigue ofrecer una visión de los hechos que supera las narraciones convencionales con un estilo sencillo y directo. De este modo logra, de una forma

---

<sup>1</sup> Las traducciones de los fragmentos de las obras de Svetlana Alexiévich contenidos en el presente documento son propias. No obstante, para facilitar su localización, incluimos el título con el que han sido publicadas en España.



absolutamente fidedigna, reflejar la realidad y captar el sentir colectivo de todos aquellos que compartieron ese periodo histórico.

En palabras de E. Brovkin:

El reconocimiento de Alexiévich está más que justificado. Ha sacado a la luz aquellos estratos de la historia que nunca nadie pudo revelar. (E. Brovkin, profesor de la Universidad Estatal Francisk Skorina)

Алексиевич совершенно заслуженно отметили, она подняла те пласты истории, которые никто не смог поднять. (Е. Бровкин, преподаватель Гомельского университета)<sup>2</sup>

Es decir, se centra en aquellas partes de la historia que han sido excluidas de las narrativas oficiales o dominantes, en lo que denominamos la historia omitida, para adentrarse en la historia humana, una intrahistoria en el más puro sentido unamuniano, en una búsqueda incesante por comprender los pensamientos, las creencias y las emociones de las personas a las que entrevista en momentos clave. Ella misma lo resume así:

Construyo el mundo a través de mis libros, con miles de voces y destinos, con fragmentos de nuestras vidas y de la cotidianidad.

Я строю мир через мои книги, с тысячами голосов и судеб, с фрагментами наших жизней и повседневности.

Y todo ello nos ha llegado a pesar de la censura que intentó silenciar su voz pero que, finalmente, logró reconocer el interés que despierta su obra.

En *La guerra no tiene rostro de mujer* (*У войны не женское лицо*), escrita en 1983 y retenida por la censura hasta su publicación en 1985 por su carácter «pacifista y naturalista, y por destronar la imagen heroica de la mujer soviética», Svetlana Alexiévich nos muestra la experiencia de la Segunda Guerra Mundial a través de los ojos de las mujeres

---

<sup>2</sup> Igor' Suhij I. (2021). «Vremja...» Aleksievich: chto i kak?, *Novyj mir*, 1. URL:<https://nm1925.ru/articles/2021/01-2021/vremya-aleksievich-chto-i-kak>



soviéticas que estuvieron en el frente. Se trata de historias intimistas que relatan con toda su crudeza la realidad de la guerra, proporcionando de esta forma un punto de vista que había sido marginado y silenciado durante décadas. Estas mujeres —soldados, cirujanas, enfermeras, pilotos, francotiradoras, médicas, guardias de tráfico, conductoras, enfermeras de quirófano, mecánicas de aviación y operadoras de teléfono, entre otras ocupaciones— revelan aspectos de la guerra que, a menudo, se ocultaron o se ignoraron en esa narrativa oficial construida por el Estado Soviético.

Estamos habituados a leer y escuchar historias en las que unos matan heroicamente a otros y acaban ganando la guerra. O perdiéndola. Historias en las que se relata el tipo de armamento que se empleaba o cómo eran los generales que participaban en la contienda. Sin embargo, los relatos de las mujeres carecen por completo, o casi por completo, de todo esto: son diferentes y hablan de otras cosas. La guerra contada por las mujeres tiene su propio color, su propio olor, su propia luz y su propio espacio de sentimientos y emociones. Sus propias palabras. (*La guerra no tiene rostro de mujer*)

Когда женщины говорят, у них нет или почти нет того, о чем мы привыкли читать и слышать: как одни люди героически убивали других и победили. Или проиграли. Какая была техника и какие генералы. Женские рассказы другие и о другом. У «женской» войны свои краски, свои запахи, свое освещение и свое пространство чувств. Свои слова. (*У войны не женское лицо*, 1985)

Son relatos en primera persona en los que las protagonistas hablan de la violencia, el sufrimiento, la muerte o la deshumanización, pero también de solidaridad y de coraje, lo que les confiere una autenticidad nunca antes vista. La autora proyecta una imagen brutal y despiadada de la guerra que se aleja de esa imagen heroica que a día de hoy se sigue perpetuando por los dirigentes que emprenden campañas bélicas, al tiempo que dibuja una mujer soviética humana y llena de amor.

En nuestra infancia de posguerra, el entorno estaba dominado por mujeres. Y lo que mejor recuerdo es que en lugar de



hablar de muerte, ellas se dedicaban a hablar de amor.  
(Discurso pronunciado para la aceptación del Nobel de  
Literatura, 2015)

Наш детский мир после войны – это был мир женщин.  
Больше всего мне запомнилось, что женщины говорили  
не о смерти, а о любви. (Нобелевская лекция, 2015)

En su obra *Últimos testigos: Los niños de la Segunda Guerra Mundial*  
(*Последние свидетели (сто не детских рассказов, 1985)*) se ocupa de  
esos niños que sufrieron la guerra en 1945.

Los protagonistas no son ni políticos ni soldados ni filósofos.  
Los protagonistas son esos niños, que guardaron en la  
memoria los momentos más impactantes y trágicos de aquella  
guerra. No los hechos en sí mismos, sino cómo ellos los  
percibían. «Me acuerdo de mi madre. Cuando se la estaban  
llevando para fusilarla, pedía: “Llévense a mi hija... Tápenle  
los ojos a mi hija...”, recuerda una de las protagonistas». (*Últimos testigos: Los niños de la Segunda Guerra Mundial*)

Главные герои не политики, не солдаты, не философы.  
Главные герои — дети, которые запоминали самые яркие  
и трагические моменты той войны. Не сами события, а то,  
что чувствовали. «Я помню маму. Когда ее вели на  
расстрел, она просила: “Дочку уведите... Закройте дочке  
глаза...”, — вспоминает одна из героинь». (*Последние  
свидетели (сто не детских рассказов, 1985)*)

Las cifras impresionan: cinco millones de niños muertos en la URSS y  
veintisiete mil huérfanos solo en Bielorrusia. Con esas «voces no  
infantiles (*не детские рассказы*)» compone un relato único y  
emocionante que constituye una visión profundamente humana y  
emotiva de aquellos que durante su infancia sufrieron en primera  
persona una de las mayores tragedias de la historia.

Con su relato, Svetlana Alexiévich supera las narrativas estrictamente  
históricas y deshumanizadas que se construyen atendiendo a intereses



ideológicos para adentrarnos en las vidas de los que sobrevivieron a esos conflictos bélicos.

Pero es, sin duda, la trilogía que componen *Los muchachos de zinc*, *Voces de Chernóbil* y *El fin del Homo Sovieticus* la que la convierte en la gran cronista del fin de la Unión Soviética. Nos referimos a un periodo de unos 30 años que abarca la guerra de Afganistán y la catástrofe de Chernóbil, dos acontecimientos que suponen, según ella misma afirma, la sentencia de la URSS. Sus novelas ofrecen una experiencia única: el lector tiene la oportunidad de forjarse su propia opinión de lo que supuso este periodo histórico, gracias a que puede acceder a todos esos testimonios en una misma obra. De esta forma, Svetlana Alexiévich viene a saldar una deuda con la historia que los líderes encargados de pilotar la transición al capitalismo no supieron o no quisieron abordar. Además, nos muestra esa realidad con una precisión y una capacidad de convicción insólitas. Por ello, sus obras son una referencia para comprender la Rusia actual.

En la obra *Los muchachos de zinc* (*Цинковые мальчики*, 1989) se ocupa de la otra gran guerra que tuvo un altísimo coste en vidas humanas para el Estado Soviético: la guerra de Afganistán. En la misma se recogen los testimonios recopilados —tanto en Rusia como en Afganistán— de soldados, enfermeras y madres que perdieron a sus hijos en la guerra. Así nos relata la autora el testimonio de una madre rota por la pérdida de su hijo:

Cuando una madre, a quien el Estado le arrebató a su hijo para devolvérselo en un ataúd de zinc, clama desesperada, casi como si rezara: «¡Amo a esta patria! ¡Por ella mi hijo dio su vida! ¡Pero a vosotros y a vuestra verdad, os odio!», no puedo evitar pensar: no solo fuimos esclavos, sino románticos de la esclavitud. Solo una de las cien madres con las que me entrevisté me confesó: «¡Yo fui la que maté a mi hijo! Soy una esclava y crie a un esclavo...» (*Los muchachos de zinc*)

И когда мать, у которой государство забрало сына и вернуло его в цинковом гробу, иступлённо, молитвенно



кричит: «Я люблю эту Родину! За неё погиб мой сын! А вас и вашу правду ненавижу!» – снова понимаешь: мы были не просто рабы, а романтики рабства. Только одна мать из тех ста, с которыми я встречалась, написала мне: «Это я убила своего сына! Я – рабыня, воспитала раба...». (*Цинковые мальчики*, 1989)

La publicación de esta obra, al igual que *La guerra no tiene rostro de mujer*, no estuvo exenta de polémica, puesto que fracturaba la imagen idealizada de la lucha por la patria, al tiempo que ponía de manifiesto la incapacidad del Estado Soviético para gestionar una guerra que nunca debió producirse.

*Hechizados por la muerte* (*Зачарованные смертью*, 1993) se inserta de forma armónica en medio de las obras que componen esta gran trilogía para convertirse en una de las más duras críticas jamás escritas al sistema comunista. En ella, la autora se adentra por primera vez en la crisis de valores que experimenta el *homo sovieticus* ante la llegada implacable del capitalismo. El comienzo de la obra nos plantea la cuestión con toda su crudeza:

El comunismo tenía un plan demente: reconstruirnos. Reconstruir la naturaleza humana, a ese «viejo» hombre, a ese Adán primitivo. El *homo sovieticus* es un hombre creado en el laboratorio del marxismo-leninismo que habitó una sexta parte de la superficie terrestre. Admitámoslo: nosotros somos ese *homo sovieticus*. La palabra «ruso» se asociaba de inmediato con la palabra «soviético». Aunque no siempre era así. Ucrainianos y georgianos, armenios y tayikos, bielorrusos y turqmenos también eran ciudadanos soviéticos. Compartíamos algo, pese a las diferencias culturales y religiosas. (*Hechizados por la muerte*)

У коммунизма был безумный план - переделать нас. Переделать человеческую природу, изменить "старого" человека, ветхого Адама. «Гомо советикус» - человек, которого вывели в лаборатории марксизма-ленинизма, на



одной шестой части суши. Признаемся - это мы. Слово "русский" привычно соединяли со словом "советский". Хотя это не всегда было так как. Но советскими были украинцы и грузины, армяне и таджики, белорусы и туркмены...Что-то нас объединяло, несмотря на разницу культур и религий. (*Зачарованные смертью*, 1993)

Conmueven los testimonios de personas que dieron su vida por el comunismo y ahora se ven sumidos en un vacío sin salida, despojados de los referentes y valores que los habían guiado hasta ese momento. Así nos lo relata uno de sus protagonistas, Vasily Petrovich:

Traicionaron al partido y a la idea. Se esfumó todo aquello por lo que había luchado. Surgió una nueva religión: el mercado. «¡Dinero! ¡Dinero! ¡Dinero!». Nos prometieron que seríamos más ricos y comeríamos mejor. ¿Y si se nos olvida para qué vivimos? ¿Es que la vida le ha sido dada al ser humano solo para vivirla, como a un árbol o a un pez? No, la vida del hombre tiene un propósito más allá de simplemente existir. No puede ser que las salchichas y los Mercedes se conviertan en el principal objetivo, en ese ideal imposible que brilla en el cielo. Quizá por eso amábamos tanto la muerte. ¡Sí, la amábamos! Me di cuenta de ello no hace mucho; una de esas noches que no logras conciliar el sueño. (*Hechizados por la muerte*)

Партию предали, идею предали. Исчезло все, чему я отдал себя, свою жизнь. На площади правит новая религия – рынок: «Деньги! Деньги! Деньги!» Ну, станете богато, сыто жить, но как бы не позабыли - для чего? Неужели человеку жизнь дана ради самой жизни, как дереву, как рыбе? Нет, она дается для чего-то большего, чем просто жизнь. Сосиски и «мерседес» никогда не станут высшей целью, сияющей с неба мечтой. Наверное, поэтому мы любили смерть. Да, мы ее любили! Я это недавно понял. В одну из бессонных ночей... (*Зачарованные смертью*, 1993)



En este sentido, su obra *Voces de Chernóbil* (*Чернобыльская молитва. Хроника будущего*, 1997) supone un baño de realidad sin precedentes al transmitirnos el testimonio fidedigno de lo que supuso la catástrofe nuclear provocada por la explosión del reactor número cuatro de la central nuclear de Chernóbil y los trabajos llevados a cabo para la eliminación de los restos de radiación. El relato traza un retrato descorazonador de cómo una sociedad, en este caso la población de la localidad ucraniana de Prípiat, se enfrenta a lo inconcebible. La historia, aterradora por realista, muestra cómo las vidas se fracturan en medio de una realidad distorsionada por los dirigentes de la Unión Soviética, que prefieren obviar el desastre, a pesar del coste en vidas humanas. Así se anunció al pueblo la catástrofe en los primeros instantes de la tragedia:

Por la radio anunciaron: hay que evacuar la ciudad durante unos días. Lleven consigo ropa de abrigo y de deporte porque van a vivir en el bosque. En tiendas de campaña. Muchos se alegraron de la noticia: ¡Nos vamos de excursión! Allí celebraremos el 1 de mayo. Algo diferente. Y prepararon pinchitos y compraron vino. Cogieron también las guitarras y los radiocasetes. ¡Con lo que nos gustan las fiestas de mayo! Solo lloraban aquellas mujeres cuyos maridos se habían visto afectados por la radiación. (*Voces de Chernóbil: crónica del futuro*)

По радио объявили: город эвакуируют на три-пять дней, возьмите с собой теплые вещи и спортивные костюмы, будете жить в лесах. В палатках. Люди даже обрадовались – поедem на природу! Встретим там Первое мая. Необычно. Готовили в дорогу шашлыки, покупали вино. Брали с собой гитары, магнитофоны. Любимые майские праздники! Плакали только те, чьи мужья пострадали. (*Чернобыльская молитва. Хроника будущего*, 1997)

Sin duda alguna, esta catástrofe supuso el principio del fin de la URSS, cuyo colapso explora de forma magistral en la obra *El fin del Homo Sovieticus* (*Время секунд хэнд. Конец красного человека*, 2013). Aquí nos proporciona una mirada introspectiva de las vidas de aquellos que



vivieron la transición del régimen soviético al estado de incertidumbre, generado por la perestroika de Mijaíl Gorbachov. Svetlana Alexiévich da al *homo sovieticus*, analizado en las obras de Alexander Zinóvev o Michel Heller, una dimensión literaria y humana desconocidas hasta ahora. Existen intentos anteriores de reflejar la realidad soviética desde un punto de vista antropológico, pero nunca literario. Ningún escritor ha entrevistado a tantas personas con perfiles tan diversos —desde pensionistas a hombres de negocios, pasando por veteranos de guerra, miembros del partido comunista, escritoras, topógrafas, arquitectas, pasteleros, militares, trabajadores de la construcción, ingenieras, directoras de cine, camareras, maestras y gerentes de agencias de publicidad, entre otros— ni ha documentado con tanta precisión el sentir de los habitantes de ese mundo paralelo de todas las edades y provenientes de todas regiones del país.

Nos estamos despidiendo de la época soviética. De aquella que era nuestra vida. He hecho todo lo posible por escuchar de forma abierta y sincera a los que participaron del drama socialista. (*El fin del Homo Sovieticus*)

Мы прощаемся с советским временем. С той нашей жизнью. Я пытаюсь честно выслушать всех участников социалистической драмы. (*Время секунд хэнд. Конец красного человека*, 2013)

Esa capacidad de escucha quedó plasmada en la entrevista a centenares de personas que describen la transición al capitalismo como una terrible vivencia llena de miseria e incertidumbre. También se encuentran testimonios que la describen como un paso glorioso, pero son una minoría. Su relato, alejado de la política, centra su atención en los individuos, revelando las promesas incumplidas en primera instancia por el Estado Soviético y, posteriormente, por una perestroika que se presentaba como la solución a ese modelo económico y social al borde del colapso. «Nos estamos comiendo el pan de nuestros hijos», me decía una profesora del curso preparatorio de lengua y cultura rusa que realicé en el año 89 en Moscú. Sus protagonistas comenzaban a salir de forma abrupta de ese comunismo de guerra eterno en el que estaban sumidos:



En esencia, somos gente de guerra. Siempre hemos vivido en guerra o preparándonos para ella. No hemos conocido otra vida. De ahí viene nuestra psicología de guerra. Incluso en tiempos de paz todo estaba marcado por la guerra. (*El fin del Homo sovieticus*)

В общем-то, мы военные люди. Или воевали, или готовились к войне. Никогда не жили иначе. Отсюда военная психология. И в мирной жизни все было по-военному”. (*Время секунд хэнд. Конец красного человека*, 2013)

Estos ciudadanos crecieron con la esperanza de estar construyendo un futuro feliz que nunca llegó a materializarse. La obra relata cómo el sistema se vio engullido por el caos que generó la perestroika ante la desolación de sus ciudadanos que vieron truncados, de un día para otro, todos sus planes vitales. El resultado es un análisis singular de lo que supuso ese periodo soviético que abarca la vida de diez generaciones y setenta años de socialismo en el que sus protagonistas rememoran la Revolución de 1917, la guerra civil, el terror estalinista, los campos de trabajo forzado (*gulags*), la Gran Guerra Patria de la URSS (o Segunda Guerra Mundial) contra el fascismo, la perestroika y la posterior descomposición del régimen.

Con la perestroika todo se vino abajo... Estalló el capitalismo... 90 rublos, el sueldo de un mes, se convirtieron en 10 dólares. Con esa miseria no se vive. (*El fin del Homo Sovieticus*)

В перестройку все кончилось... Грянул капитализм... Девяносто рублей стали десятью долларами. На них — не прожить. (*Время секунд хэнд. Конец красного человека*, 2013)

Estas voces generan un diálogo interno del que surge ese *homo sovieticus* capaz de lo mejor y de lo peor, y además lo hace con una capacidad de convicción y una firmeza arrolladoras. Gracias a una intuición única y una técnica narrativa escrupulosa logra colocar esas



voces de forma armoniosa para crear un cuadro al nivel de las mejores obras pictóricas.

Con esta obra la novelista aspiraba a crear una enciclopedia de la vida del pueblo soviético. En este sentido, describe el modelo soviético como una «gran utopía» que prometió un paraíso de igualdad y justicia, pero que en la práctica resultó ser un sistema represivo y deshumanizador para la gran mayoría. Su protagonista, ese *hombre rojo* (*homo sovieticus*), es alguien que sufrió el control estatal, la represión y la escasez en medio de promesas de igualdad y bienestar que nunca se materializaron. El sistema proporcionaba un marco de referencia y una identidad colectiva que, al desaparecer, deja a este *homo sovieticus* abandonado y carente de referentes vitales.

«Solo un *homo sovieticus* puede realmente comprender a otro *homo sovieticus*». Compartimos una misma memoria comunista. Somos vecinos unidos por la misma memoria colectiva.... la desilusión vino más tarde. (*El fin del Homo sovieticus*)

«Только советский человек может понять советского человека». Мы были люди с одной коммунистической памятью. Соседи по памяти... Разочарование пришло позже. (*Время секунд хэнд. Конец красного человека*, 2013)

A propósito del declive de la Unión Soviética, la propia Svetlana Alexiévich hace la siguiente reflexión al final del discurso pronunciado con motivo de la aceptación del Nobel de Literatura:

Me atrevo a decir que perdimos la oportunidad que se nos presentaba en los años 90. Ante la pregunta sobre cómo debe ser nuestro país, si un país fuerte o uno digno donde la gente viva bien, escogimos la primera: fuerte. Ahora, de nuevo, vivimos en la era del poder de la fuerza. Los rusos están en guerra con los ucranianos. Con sus propios hermanos. La era de la esperanza se ha visto remplazada por la del miedo. Hemos retrocedido en el tiempo... vivimos una época de



*second hand...* (Discurso pronunciado para la aceptación del Nobel de Literatura, 2015)

Беру на себя смелость сказать, что мы упустили свой шанс, который у нас был в 90-ые годы. На вопрос: какой должна быть страна – сильной или достойной, где людям хорошо жить, выбрали первый – сильной. Сейчас опять время силы. Русские воюют с украинцами. С братьями... Время надежды сменило время страха. Время повернуло вспять ... Время сэконд-хэнд...(Нобелевская лекция, 2015)

Y acaba con una conmovedora reflexión sobre cómo ella percibe su identidad y sus raíces:

Tengo tres hogares: Bielorrusia, donde nació mi padre y donde he vivido toda mi vida; Ucrania, donde nació mi madre y donde yo vine al mundo; y la gran cultura rusa, sin la cual no me imagino a mí misma. A los tres los quiero con toda mi alma. Pero es difícil hablar de amor en la época en que vivimos. (Discurso pronunciado para la aceptación del Nobel de Literatura, 2015)

У меня три дома – моя белорусская земля, родина моего отца, где я прожила всю жизнь, Украина, родина моей мамы, где я родилась, и великая русская культура, без которой я себя не представляю. Они мне все дороги. Но трудно в наше время говорить о любви. (Нобелевская лекция, 2015)

De las características aquí sucintamente esbozadas y analizadas, se desprende el profundo compromiso de su obra. El coraje de Svetlana Alexiévich reside no solo en los temas que elige, sino en cómo los desarrolla. Sus libros son un acto de escucha profunda, un proceso mediante el que ella misma se sumerge en las vidas de sus entrevistados en un acto de empatía inédito hasta ahora. De este modo profundiza en la desigualdad, la injusticia y las secuelas de un régimen totalitario como el de la Unión Soviética, abordando temas atemporales y universales.



Por su autenticidad y su compromiso, la valía de la obra de Svetlana Alexiévich va más allá de su enorme aportación a la literatura. Con su trabajo nos recuerda que, a pesar de las fuerzas deshumanizadoras de la guerra, la opresión y el desastre, hay un lugar para la dignidad y la humanidad. Su obra es una llamada a la memoria y a la empatía, una exhortación a no olvidar nunca a aquellos cuyas vidas han sido destrozadas y engullidas por las circunstancias históricas que les ha tocado vivir. Con su escritura directa y profundamente humana ha dado voz a las personas que han sido olvidadas o silenciadas, y lo ha hecho con una valentía y una integridad que pocas veces se encuentran en la literatura contemporánea.

Svetlana Alexiévich ha recibido numerosos premios y reconocimientos a lo largo de su carrera, primero en la última etapa de la Unión Soviética y, con posterioridad, a nivel internacional, por su contribución a la literatura y por su enfoque innovador en la narración documental. En la Unión Soviética obtuvo los premios N. A. Ostrovski (1984), la Orden de la Insignia de Honor (1984) concedida por el Presídium del Sóviet Supremo de la Unión Soviética, y el Premio Lenin Komsomol (1986), en todos los casos por la obra *La guerra no tiene rostro de mujer*, la más reconocida en ese momento. A partir de ahí pasa a tener un importante reconocimiento a nivel internacional con la concesión de los siguientes premios: Premio Ryszard Kapuściński de Reportaje Literario (1996), Premio Herder de Austria (1999), Premio de la Paz Erich Maria Remarque (2001), Premio Nacional del Círculo de Críticos de Estados Unidos (2006) y Premio Médicis de Ensayo (2013), entre otros. Además, es oficial de la Orden de las Artes y las Letras de la República Francesa. El Premio Nobel de Literatura le fue concedido en 2015 «por su escritura polifónica, un monumento al sufrimiento y al coraje en nuestro tiempo». De esta forma la Academia Sueca reconocía su capacidad para captar las voces individuales y darles un lugar en la historia colectiva. La obtención del Nobel supuso que sus obras se tradujeran a más de cincuenta idiomas, incluido el español<sup>3</sup>,

---

<sup>3</sup> En español peninsular la obra de Svetlana Alexiévich ha llegado a los lectores gracias a la excelente labor llevada a cabo por los siguientes traductores:

*La guerra no tiene rostro de mujer* (2015); *Últimos testigos: los niños de la Segunda Guerra Mundial* (2016) y *Los muchachos de zinc: voces soviéticas de la guerra de Afganistán* (2016, 2017) traducidas por Yulia Dobrovolskaia y Zahara García González y publicadas en la editorial Debate.



incrementando así exponencialmente su visibilidad. La literatura de Svetlana Alexiévich ha ganado adeptos en Europa, donde ha comenzado a atraer tanto a lectores como a académicos. En los últimos años ha sido galardonada con el Premio Sonning de Dinamarca, la Orden del Mérito de la República Federal de Alemania y el Premio Internacional de Cataluña. Asimismo, ha sido nombrada doctora *honoris causa* por diferentes universidades como la Universidad Libre de Bruselas (2021), la Universidad Vytautas Magnus (2022), la Universidad de Estudios Extranjeros de Tokio (2016) y la Universidad Complutense de Madrid (2022). Todas estas universidades han sabido reconocer su labor en la defensa de los derechos humanos, su capacidad para representar el sufrimiento humano y su indiscutible compromiso con la paz y el futuro de la humanidad, además de su enorme influencia literaria. Por último, siguiendo en el ámbito académico, empiezan a realizarse tesis doctorales sobre Svetlana Alexiévich como la que hemos dirigido Giovanni Caprara y yo mismo, y que ha sido defendida por Katsiaryna Rudenia (2023) con el título *El concepto de 'homo sovieticus' en las obras de Svetlana Alexiévich: análisis literario y traductológico*. Estamos convencidos de que con el paso del tiempo el interés continuará aumentando y se irán analizando y diversificando los trabajos en torno a su figura y a su obra.

En suma, Svetlana Alexiévich ha creado una forma única de narrativa que desafía las categorías tradicionales de la literatura. Su obra constituye un valiosísimo legado que servirá de inspiración para las nuevas generaciones de escritores por su forma de explorar la realidad a través de la narrativa documental y testimonial. Y transmito las palabras que me ha hecho llegar esta misma mañana el profesor Pedro Mercado: «Necesitamos, como nunca, voces como la de Svetlana Alexiévich en nuestro tiempo».

A lo largo de nuestros casi 500 años de existencia la Universidad de Granada ha nombrado como doctores *honoris causa* a ilustres escritores

---

*La plegaria de Chernóbyl: crónica del futuro* (2001) traducida por Ricardo San Vicente Urondo y publicada en la editorial Casiopea. Hay dos versiones posteriores de esta traducción *Voces de Chernóbil* (2006) publicada en Siglo XXI Editores y *Voces de Chernóbil: crónica del futuro* (2015) publicada en Debate.

*El fin del "Homo sovieticus"* (2015) traducida por Jorge Ferrer y publicada en la editorial Acantilado.

*De una batalla perdida* (2024) traducida por Marta Sánchez Nieves, y publicada por la editorial Nórdica Libros.



como Ernesto Cardenal, Rafael Alberti, Manuel Celaya, Francisco Ayala, José Saramago y Mario Vargas Llosa, quienes, de una u otra forma, han mostrado la importancia de luchar por valores de compromiso y humanidad, que son nuestra seña de identidad y a los que no podemos renunciar.

Hoy nos enorgullecemos de contar con la presencia de Svetlana Alexiévich, ejemplo y lección de cómo la literatura puede contribuir a reflexionar sobre los acontecimientos que preocupan y asolan a la humanidad en las primeras décadas del siglo XXI. La obra de Svetlana Alexiévich, por su amplitud, sensibilidad y vocación para la indagación, nos debería ayudar a buscar fórmulas alternativas que permitan fomentar la importancia de la dignidad humana y del valor de la escucha en la resolución de conflictos.

Y termino, como corresponde, pidiendo *venia* al Claustro de Doctores y Doctoras para que le sea concedida a Svetlana Alexiévich la investidura como doctora *honoris causa* por la Universidad de Granada.